

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7.50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesetas fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

SUMARIO

I. Títulos y honores.—II. La toma de Alfagor.—III. El maestro.—IV. A mi querido amigo D. Manuel de la Espada.—V. El mulato de Murillo.—VI. Recuerdos á las niñas Conchita y Concepcion Novi y Castellote.—VII. Doña Manuela Pereda de Novi.—VIII. Quien no quiera sufrir...—IX. La mejor causa.—X. Lecciones familiares.—XI. Amistad.—XII. Cartilla de los deberes.—XIII. Teatros, sueltos y solución de la charada.

OFICINAS

Fuencarral, 3, principal
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

TÍTULOS Y HONORES

Desde que la sociedad quedó constituida ó, más bien, desde que los hombres comprendieron la necesidad de darse una organización, se establecieron penas más ó menos severas para reprimir las malas acciones y se crearon privilegios, títulos y honores para premiar las buenas.

No tendrían verdadera fuerza de ley los derechos de ciudadanía, si no alcanzaran á todos y cada uno de los miembros que constituyeron las primitivas y modernas sociedades: como no se concibe que esos derechos existan sin que un legislador supremo los señale é imponga, lo cual supone un honor otorgado á otro hombre. Y hé aquí por qué hemos dicho antes que los títulos y los honores son casi tan antiguos como el hombre.

La misma autoridad que promulga los códigos para castigar, la misma autoridad otorga las distinciones, y esto cabalmente ocurre á través de los siglos, sin duda para no prodigar mucho los poderes.

Llamáronse en la edad primera, sumos sacerdotes, cónsules, procónsules, heresiarcas después próceres, líctores, pretores, papas, reyes, emperadores, grandes duques y grandes capitanes, y en la edad moderna monarcas, príncipes, infantes, senadores, ministros, arzobispos y gobernadores; pero siempre, antes, después y ahora, tuvieron la potestad de aplicar la sanción penal por delitos cometidos contra las leyes y la de conferir títulos y honores para responder con justicia al proverbio latino *cuique suum*.

Dejemos á un lado la justicia ó la arbitrariedad con que dominaron y vengamos ahora á demostrar la necesidad de distribuir esos honores sin pasión, para que sean fecundos y provechosos.

Está fuera de toda duda que la paz de los hombres estriba siempre en ese regulador que se llama justicia: empezando por los atributos de la divinidad, en donde destaca la palabra infinitamente justo y examinando las instituciones porque se rigen los pueblos más atrasados de la tierra, en todas partes sobresale y resalta ese principio sacrosanto.

Las violentas sacudidas que experimentan las naciones son engendradas generalmente por el quebrantamiento de la justicia, en una esfera ó en otra de las que se encuentran subordinadas á los poderes: las hondas conmociones que sufren las familias y las querellas que unos ciudadanos entablan contra otros, son por la herida que produce la falta de cumplimiento en los pactos, en los inopinados malos tratamientos que irreflexivamente se profieren.

Por el contrario, el pueblo que llega á adquirir buena educación; que aprende á respetar los derechos de los demás para que res-

peten los suyos; las familias que se tributan recíprocamente afabilidad y cortesía y los ciudadanos que no ejecutan nada contrario á los intereses y aspiraciones de sus compatriotas, esos ciudadanos, esas familias y esos pueblos son siempre felices, porque respetan la justicia.

Pues si el castigo y los honores son aplicados con justicia, ¿por qué no se han de envanecer á un tiempo el que los prodiga y el que los recibe?

La manifestación de los honores que se dispensan al letrado, al industrial, al fabricante y al agricultor, es el estímulo más poderoso que puede sentir en su pecho el hombre honrado, porque un título, una condecoración, un privilegio, no solo significa que logró distinguirse en cualquiera de los ramos del saber, sino que son una patente de honradez y un testimonio de que los poderes que los confirieron se colocaron á la altura que les imponía su deber, que es obrar dentro del círculo de la justicia.

El inventor de un aparato útil que se encuentra rechazado injustamente; el autor de una obra dramática buena que no tiene facilidades para llevarla á la escena; el profesor que no tiene merecido premio á sus constantes afanes; todos, en fin, los que se encuentran contrariados por las autoridades, en concursos, certámenes, oposiciones ó actos públicos previamente anunciados para conocer el desarrollo de las ciencias, de las artes, de la industria ó del comercio, lejos de seguir cultivando su inteligencia para ensanchar la esfera de sus adelantos, caen en el abatimiento más grande que puede dominar al corazón humano, porque los desengaños, la injusticia, le hace retroceder en la senda del progreso, y no es necesario decir el mal que esto ocasiona á la sociedad, porque si son muchos los contrariados, si son muchos los descontentos, llegará á crearse una sociedad indolente, una sociedad de vagos por fuerza, que tendrán que ocuparse de cosas ilícitas, ó poco ventajosas cuando ménos, por aquello de que no se supo ó no se quiso apreciar á tiempo su aplicación y buenas condiciones.

El premio, los honores, estimulan al trabajo: los desengaños matan las voluntades más firmes.

Con el trabajo se abren las fuentes de la prosperidad; los ánimos que se apocan bajo el peso de los desengaños, son una planta exótica que no produce ni fruto ni hoja.

¡Ah! No abrais nunca en el ánimo de nadie la herida cruel del desengaño; porque al sentirse herido, no solo habreis cortado los vuelos de la buena inteligencia, sino que le hareis descreído y acaso vago, perjuró y criminal.

Más vale que al apreciar las cualidades ó al calificar la conducta ó el mérito de vuestros semejantes os excedais en elogios, por

más que recaigan en el idiota, que deprimais á sabiendas ó inconscientemente las obras de los génios; lo que puede ocurrir en el primer caso es que el idiota se engría y forme aficiones por algo; pero en el segundo, aniquilareis el talento, despreciareis las virtudes, que es de lo que las sociedades se pueden prometer prosperidad y ventura.

Edifiquemos y no destruyamos; pero edifiquemos con solidez, edifiquemos dentro de la órbita de la justicia.

¡Con cuánto pesar escucho los ecos de despedida que el jóven artista dirige á su patria para buscar en tierra extraña el premio que merecen sus adelantos!

¡Con qué placer, con qué envidia leo la distribución de honores que los extranjeros prodigan á sus hombres de mérito!

¡Ah! la patria que mira con fría indiferencia que se alejan sus hijos más distinguidos, esa patria no puede hacer vida próspera, que es ingrato volver la espalda á los seres que contribuyen en tales proporciones al esplendor y riqueza de los pueblos: la patria que distribuye honores con justicia, esa patria hace su apología, distinguiendo á sus hijos más predilectos.

Y este es un principio inconcuso Registrad, si no, la historia de los pueblos modernos, que en sus páginas está escrito.

Citemos un ejemplo reciente que halaga al humano entendimiento.

El día 14 del pasado mes de Octubre, el Papa, esa autoridad, en un Cónclave de ilustraciones elegido por adoración, recibió en audiencia particular á un jóven emperador y á dos príncipes.

Pero ¿quiénes eran ese emperador y esos príncipes?

Tres niños que, siguiendo una costumbre romana tradicional, han obtenido dichos honoríficos títulos á consecuencia de un concurso celebrado sobre conocimientos del Catecismo: el niño que obtiene en ese acto el mayor número de votos favorables de los examinadores, recibe el primer título; el segundo los dos siguientes.

Estos niños, pues, han sido recibidos en el Vaticano con todo el ceremonial propio de su rango y presentados al venerable Leon XIII por el maestro de ceremonias, y después de haberlos felicitado, les dió la bendición y unas preciosas medallas como recuerdo del éxito obtenido.

Y aquí nos hace terminar la falta de espacio, preguntando:

¿Podrán olvidar estos niños estudiosos el título con que fueron honrados?

¿Retrogradarán jamás en su afición al estudio?

JOSÉ NOVI Y PERE A

LA TOMA DE ALFAGOR

ROMANCE CABALLERESCO

I

Montando nobles corceles
Cubiertos de todas armas,
Los escuderos del Cid
Con marcial paso marchaban,
En demanda de Alfagor,
De la morisma morada.
Pero de la Redondela,
Su bravo alcaide, se hallaba,
A su frente, acompañado
De Pero Nuñez de Lara,
Que el Cid, como penitencia,
Les impuso en cierta falta,
Que en el plazo de tres días
Alfagor fuese tomada,
Y en sus torres ondease
La bandera castellana.

II

Por filo la media noche
Era cuando divisaban
De la Puebla de Alfagor
Las torres y las murallas.
Pero de la Redondela
Manda hacer alto, se paran
Los escuderos, y entónces
De esta manera les habla:
«¡Fidalgos! si en esta noche
No logramos que asaltada
Sea la Puebla, para días
Tenemos hasta tomarla.
Por nuestro buen jefe el Cid
Nos ha sido encomendada.
Esta accion, y es necesario,
Cuanto antes cima darla.
¡Prudencia y valor, fidalgos!
Y antes de lucir el alba,
Se arrancará de esos muros
La bandera musulmana.»

III

Como por obra de encanto
A la puerta se fijaba
El ariete, y cien barriles
De sustancias inflamadas
Se colocan en silencio
En el pie de las murallas.
A los golpes del ariete,
Que la puerta desquiciaba
Con sus terribles martillos,
Sorprendida y alarmada
Se precipita á los muros
La falanxe musulmana;
Mas, asfixiados del humo,
Sofocados por las llamas
De los barriles, ninguno
Puede estar en las murallas.
A los golpes del ariete
La puerta ya flojeaba,
Y, por fin, ciegos de ira
Los musulmanes, se lanzan
Fuera del castillo, y cierran
Con la hueste castellana.
Los escuderos del Cid,
Puestas en ristre sus lanzas
Esperan al enemigo
Con su fiera ordinaria,
Y aunque menores en número,
Son mayores en pujanza.
Solo tres horas duró
Esta reñida batalla,
Perdiendo muchos soldados
La falanxe musulmana,
Que del fuerte de Alfagor,
Huía desordenada,
Y puesta sobre la torre,
Del Homenaje llamada,
Se mecía por el viento
La bandera castellana.
.....

IV

Poco despues, Pero Nuñez
A caballo galopaba,
A llevar al Cid las llaves
Del castillo, y una carta
De Pero de Redondela
De este modo redactada:
«Señor: Nos dísteis tres días
»Para asaltar las murallas
»De la Puebla de Alfagor,
»Y en tres horas fué tomada.
»Si no estais, señor, contento,
»Designadnos otra hazaña,
»En la que tal vez logremos
»Más suerte al desempeñarla.
»PERO DE LA REDONDELA,
»Alcaide de vuestra guardia.»

CAYETANA PARRADO

EL MAESTRO

Hé aquí el encargado de derramar la luz de la sabiduría sobre la infancia.

Uno de los títulos más gloriosos que es dable conquistar al hombre, es el que se refiere á la enseñanza, á la propagacion del saber, porque la ilustracion proporciona el bienestar y el engrandecimiento de las naciones.

Este hombre, mejor dicho, este héroe, es á la vez padre, mentor, misionero, médico, sacerdote y cariñoso amigo en las horas de dolor.

Parece mentira, mis queridos niños, que paremos tan poco la atencion en una figura tan colosal, gigante y sublime, en una figura que debia aparecer siempre en primera línea en el gran cuadro de la humanidad.

El maestro es padre, porque nos guía cariñosamente por la senda del bien, separando de nuestro camino los abrojos que podrian lastimar nuestra débil y vacilante planta, y porque nos dá la vida moral.

Es mentor, porque nos conduce de la mano al alcázar de la ciencia, para iluminar nuestra inteligencia, rasgando las densas nieblas de la ignorancia.

Es misionero, porque nos explica y predica constantemente los sublimes preceptos del Evangelio.

Es tambien médico, porque nos cura las heridas del corazón y nos arranca las cataratas del entendimiento, porque nos fortalece y nos dá los remedios contra las enfermedades peligrosas para el alma.

Y es, por fin, cariñoso amigo, porque lleno de fraternal y franca solicitud, procura suavizar nuestros pesares, mitigar nuestros dolores, dulcificar nuestras amarguras y secar nuestras lágrimas.

Nada hay mas noble y elevado que la mision del maestro.

No existe en efecto destino ó profesion alguna cuyos servicios sean mas honrosos ni mas importantes.

¿Quién está en disposicion de hacer el bien en mayor escala que el maestro?

¿Quién puede ejercer una influencia más útil y provechosa en el corazón de los niños, durante aquellos años de la vida en que son mas vivas y poderosas las impresiones?

¿No está en sus manos el inspirar amor á la virtud, aversion al vicio, y difundir las doctrinas religiosas, que al paso que glorifican á Dios son el consuelo del hombre?

El maestro desarrolla las fuerzas físicas del niño, desenvuelve los preciosos gérmenes de que le ha dotado la Providencia, le inicia en la ciencia de la vida y le prepara para el cumplimiento de su destino futuro, como hombre y como ciudadano.

Todos los hombres participan de los provechosos y trascendentales cuidados del maestro.

En la escuela se forma su conducta y se enseñan los elementos de las ciencias aplicables en las profesiones á que cada uno se destina y en los negocios comunes de la vida: habituándose el discípulo á practicar la virtud, adquiere capacidad para asegurarse una posicion cómoda por medio del trabajo y la economía.

El maestro, cuidando del bienestar de sus discípulos, coopera á la prosperidad y bienestar general.

El enseñar al que no sabe, es sin duda alguna, la más meritoria y honrosa de las obras de misericordia.

No todos nacen dotados de condiciones apropiadas para ejercer tan santa y noble mision: se necesita una organizacion especial; á un buen fondo de corazón, á una paciencia sin límites, debe acompañar la firmeza, al propio tiempo que la dulzura de carácter.

El maestro nos sufre acaso más que nuestros padres. Tener que luchar diariamente durante largas horas con multitud de niños de diferentes clases y condiciones, unos revoltosos, otros desaplicados, y enseñarlos á todos, guiándoles por el camino de la virtud, modificando sus torcidas inclinaciones, es obra que ni nuestros padres ni nosotros mismos pagamos nunca, ni sabemos apreciar en cuanto vale.

La educacion, representada en el maestro de primera enseñanza, es la que dispone y perfecciona las facultades del hombre para adquirir el saber; es la brújula que le señala el uso que ha de hacer de sus conocimientos; es la precursora de la ciencia, es la estrella de las generaciones: es la vida de nuestra inteligencia y la luz purísima de nuestro espíritu; esa luz que ahuyenta las sombras del error y de la ignorancia, y que nos descubre extensísimos horizontes, para contemplar en ellos al autor de la naturaleza y dar un paso más en el conocimiento de lo maravilloso, de lo grande y de lo bello. Y esta mision sagrada de instruir y educar pesa sobre los hombros del humilde maestro de primera enseñanza.

El maestro es el intrépido centinela de la civilizacion, y el que mantiene constante lucha contra todas las tiranías, contra todas las ingratitudes y contra todas las preocupaciones de la sociedad.

Debajo del modesto techo de una escuela, y rodeado de cien discípulos que absorben la sávia de su corazón y de su inteligencia, se halla el maestro desenvolviendo en cada alumno los átomos divinos que dan esencia á sus triples facultades, átomos emanados del supremo Hacedor.

El maestro podrá vivir olvidado de las gentes; podrá el desprecio colocarle en las últimas clases de la sociedad; podrán retenerle y hasta negarle la mezuquina paga que recibe con resignacion santa, y en continua pelea contra todos los vicios que asoman en las generaciones que nacen; podrán llamar servidumbre á su obediencia; egoismo á su silencio; orgullo á su entereza; altanería, hinchazon y petulancia á su carácter viril y digno; pero lo que no pueden ni podrán todos los déspotas juntos, es arrebatarle el mérito de su mision apostólica y la gloria de ostentar cuando Dios le llame á juicio la corona del martirio.

El profesorado es un martirio sin gloria, un heroísmo sin palma de vencimiento.

El día en que se llegue á comprender el importantísimo papel que representa el maestro, será respetado y estimado en lo que vale.

El empuja á las sociedades por la pendiente del progreso, es el eje de la civilizacion, representa la más augusta de las delegaciones, la delegacion de la familia, escudo invulnerable, salvaguardia de los pueblos.

El maestro adquiere fuerzas atléticas para luchar contra el formidable enemigo llamado *error*; el maestro se convierte en titán para matar las malas pasiones de sus discípulos: su mision es verdaderamente sacerdotal y sagrada.

El maestro consagra los mejores años de su juventud y su vida entera, sin descanso y sin perdonar cuidados, á proporcionar á sus queridos discípulos el bien mas precioso y esencial, cual es el de la educacion. Contribuye á asegurar la felicidad de éstos, desarrollando su inteligencia, ennobleciendo su corazón y fortaleciendo su voluntad, y dirigiendo el desarrollo de todas las facultades del alma y del cuerpo. Para esto le es preciso conocer el carácter y las inclinaciones de los discípulos, sirviéndoles de ejemplo y presentándoles por modelo su misma vida como una protesta viva y continuada contra el vicio y un llamamiento perenne á todas las virtudes.

Para impulsar las generaciones hácia la civilizacion y el progreso, el maestro es la verdadera palanca de Arquímedes.

Respetad y venerad, mis queridos niños, al maestro, que es vuestro prudente consejero, vuestro ángel tutelar, y vuestra protectora Providencia.

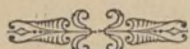
El maestro no anhela laureles, ni gloria, ni celebridad, no quiere mas que vuestro cariño y gratitud.

El maestro es un ser lleno de abnegacion y de desinterés.

No desoigais jamás sus buenos consejos, y grabad en vuestros corazones sus saludables máximas, y de este modo tendreis desde niños hábitos de laboriosidad, honradez y disciplina.

Nada parece tan bien como un niño bien educado, cortés y deferente con todo el mundo, respetuoso con sus mayores y muy especialmente con sus maestros.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON



A MI QUERIDO AMIGO

DON MANUEL DE LA ESPADA

¡Eres joven aún, y ya en tu alma grabó su horrible huella el sufrimiento!
¡Ya huyó de ti la bienhechora calma como huye de la mente un pensamiento!
¡Yo te miro sufrir, y tu honda pena de tu pecho arrancar pretendo en vano, y tu mismo pesar mi alma envenena, porque más que tu amigo, soy tu hermano!

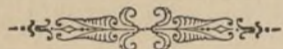
Ya olvidaste esa edad de la inocencia en que ciego el mortal vivir ansia; ya sientes la avidez de la experiencia, aunque eres casi un niño todavía.

Doquier, tan solo tu pupila mira ese desierto y árido camino, donde á la par el vicio y la mentira se agitan en revuelto torbellino.

Ya te inspira la vida odio profundo; ya pretendes abrir tu nicho estrecho, para poder abandonar el mundo que arrancó la esperanza de tu pecho!

Mas si cansado ya, quizá algun dia pretendes terminar tan cruda guerra, recuerda en tus instantes de agonía... que hay un Dios inmortal sobre la tierra!

MARIANO DE LARRA Y OSSORIO



EL MULATO DE MURILLO

(CONCLUSION)

V

No bien se encontró solo Sebastian cuando lanzó un grito de alegría; pero, como si se hubiese olvidado de sí mismo, dijo para sí con pena: «Veinte latigazos si no confieso la verdad; treinta si mañana no hay nuevas figuras en los lienzos, y veinte si no se encuentra al culpable.» ¡Pobre esclavo! ¿Que has de hacer con tantos desatinos? Pero, ¡qué sueño tengo! dijo bostezando. Pediré á Dios, y ¡quién sabe! acaso me inspire algun medio para salir de mi atolladero.

Sebastian se puso de rodillas sobre el jergon que le servia de cama; pero como estaba fatigado por el cansancio del dia, el sueño le sorprendió en medio de su oracion, y quedándose reclinado sobre uno de los pilares de mármol que sostenian el edificio, no despertó hasta que los débiles rayos de la aurora iluminaron el salon.

El reloj de Capuchinos daba las tres y media, cuando Sebastian abrió con dificultad los ojos.

—Vamos, perezoso, levántate, se dijo á sí mismo; tres horas tienes aún para tí; tres horas que puedes llamar tuyas; tres horas durante las cuales eres amo de tí mismo; haz buen uso de ellas, pobre esclavo. Bastante tiempo tienes, cuando los demás se despierten, para volver á tomar la cadena y sentir

tormento. ¡Valor! En tres horas puedes hacer lo que quieras, aunque es poco tiempo.

Dispuesto ya el muchacho, se acercó al caballete de Villavicencio.

—En primer lugar, dijo, es preciso borrar todas estas figuras.

Tomó en seguida una brocha mojada en aceite, y descubrió la cabeza de la Virgen, que débilmente iluminada por los primeros rayos de la aurora, parecia aún más suave y delicada.

—¿La borraré? No se han atrevido ellos á hacerlo, á pesar de todos sus insultos; ¿y tendré yo valor para ello? De ningun modo: antes mil veces consentiré que me apaleen: antes morir, si es preciso; pero no la he de borrar. Esta cabeza está viva.... respira.... habla. Si la borro, acaso derramaría sangre, y yo seria como un asesino. De ningun modo: voy más bien á concluirlo.

Al acabar estas palabras, toma la paleta, donde habia diferentes colores mezclados, y se pone á trabajar.

—Si la he de borrar, tiempo tengo de hacerlo antes que el maestro despierte ó que los discípulos vengan, dijo para sí. Sus cabellos no flotan con bastante gracia; aquí hay algo de dureza; allí falta una pinceleda. Es preciso sombrear por esta parte; esta línea está muy pronunciada; aquello la hace aparecer de mucha edad; la Virgen debia estar en oracion, y sus labios deben estar algo separados: así... bien.... ya basta. Pero ¿estoy soñando? ¡Tiene fijos en mí los ojos! ¡Ah! Me parece que oigo un suspiro bajo el velo que cae sobre sus hombros. ¡Oh! ¡Qué hermosa es!

VI

Durante este tiempo habia salido el sol, y sus rayos, penetrando por las ventanas del salon, alumbraban con todo el lleno de su luz; pero Sebastian, abstraído en su trabajo, no lo advirtió. Todo lo olvidó, tanto lo avanzado de la hora, como su dura esclavitud y los veinte latigazos que le esperaban.

Entusiasmado por el arte (porque su génio se habia desarrollado maravillosamente durante su estancia en casa de Murillo), el joven artista no veia más que la cara de la Virgen María, con su sonrisa llena de amor y de bondad. Ya no era esclavo, sino que era libre. No habia esclavos en el refulgente mundo á donde él se habia levantado. Oyéronse de repente algunos pasos, y el eco de voces muy conocidas deshizo la ilusion y le trajo de nuevo á la tierra para volver á ser esclavo.

Sebastian, sin volver la cabeza para mirarlos, conoció que Murillo y sus discípulos estaban detrás de él.

Sorprendido y confuso, no pensó ni en disculparse ni en irse; pero en aquel momento hubiera deseado que el piso del salon se hundiese para tragarlo. Su deseo era inútil, y el pobre esclavo, con la paleta en una mano y el pincel en la otra, no se atrevia á mover la cabeza, y esperaba con mortal ansiedad el castigo con que se le habia amenazado.

De una y otra parte hubo entonces un intervalo de silencio, porque Sebastian estaba petrificado al verse cogido *in fraganti*, y Murillo y sus discípulos no estaban menos admirados de lo que veian. Los jóvenes, con la inquietud propia de su edad, anhelaban mostrar su admiracion; pero un ademán del maestro les hizo guardar silencio. Acercóse aquel interior frio y severo la emocion que todo verdadero artista debe experimentar en presencia de un génio á quien descubre por vez primera, le dijo:

—Sebastian, ¿quién es tu maestro?

—Vos, señor, contestó temblando.

—¿Cómo! Muchacho, yo nunca te he dado leccion, replicó Murillo admirado.

—No, mi amo; pero las dais á los otros, y

yo me he aprovechado de ellas, replicó Sebastian, animado con el aire de dulzura con que el maestro acababa de hablarle.

—¡Y tú las has tomado! repitió Murillo.

—Como no me lo habeis prohibido, dijo Sebastian, no creia yo que esto fuese mal hecho.

Lleno de gozo, Murillo le respondió con viveza:

—Por Santiago, el patron de España, que tú has aprovechado de mis lecciones más que ninguno de mis discípulos. ¡Y qué! añadió despues de una pausa, ¿trabajas tú de noche?

No, mi amo; de dia.

—¿A qué hora si mis discípulos vienen á las seis?

—Trabajo desde las tres á las cinco, mi amo. A esa hora he dormido ya bastante, y estoy listo.

Murillo se sonrió lleno de contento, y añadió:

—¿Acaso has olvidado lo que te prometí ayer?

El infeliz esclavo palideció y se puso á temblar, como si estuviera ya sintiendo el látigo en su cuerpo.

¡Ah! Sr. Murillo, exclamaron con tono de súplica los discípulos; perdone Vd. á Sebastian.

¡Ah! señores, replicó Murillo; aquí hay que hacer algo más que perdonar; este muchacho no merece perdon; lo que merece es una gran recompensa.

—¡Una recompensa! repitió Sebastian, que no podia tenerse sobre sus piernas, y echaba á su amo una tímida mirada.

—Sí, Sebastian; una gran recompensa, replicó Murillo con suma bondad. Cuando pienso en todas las dificultades con que has tenido que luchar antes de hacer una cabeza como esa de la Virgen, ó cualquiera otra de las que he visto en los cuadros; cuando considero las muchas horas que te has privado del sueño que te era tan necesario; cuando reflexiono que has dejado de dormir para poder trabajar sin que te descubriesen, y aun sin despertar la menor sospecha; cuando veo cómo has atendido á mis lecciones, tu memoria para retenerlas, y tu aplicacion para ponerlas en práctica, nada hay que yo pudiera negarte en recompensa. Dime, pues, ¿qué es lo que quieres?

VII

No sabia Sebastian si lo que le estaba pasando era una realidad ó un sueño. Lleno de asombro, miraba al semblante bondadoso de su amo y la afable sonrisa de los discípulos, y apenas podia creer que palabras tan benévolas fuesen dirigidas á él, infeliz esclavo, ni que nada de cuanto tenia relacion con él pudiese complacer tanto á los demás.

—Ten ánimo, Sebastian, le dijo al oído Villavicencio; el maestro está contento contigo. Pide lo que quieras. ¿Quieres un ducado nuevo?

—¡Uno! exclamó Osorio: lo ménos diez!

—¡Veinte! dijo Gaspar. Conozco á mi padre, y positivamente está dispuesto á darte veinte.

—Tú eres muy generoso con mi bolsillo, hijo mio; mas no te dejaré por embustero, ni á Vds., señores, añadió Murillo sonriéndose de muy buen humor. Vamos, Sebastian, continuó el grande artista mirando con atencion el rostro del esclavo, en el que, al parecer, las palabras de los discípulos no habian producido la más leve impresion. Todos responden ménos tú, que es á quien yo pregunto. Dime, ¿no es bastante la recompensa que éstos te indican? Habla, pues. Estoy muy satisfecho de tus trabajos, de la concepcion del plan, de esos toques suaves y delicados del

colorido, y, en fin, de toda la cabeza. El dibujo podía ser algo más correcto; pero la expresión es tan amorosa y tan divina, que te daré por ella cuanto me pidas, ó á lo ménos cuanto yo pueda.

—¡Ah! ¡Mi amo, mi amo! ¡No me atrevo! Y juntando Sebastian las manos, las alzó como para suplicarle, mientras en los lábios abiertos y trémulos del muchacho parecía que las palabras se formaban y se borraban de repente, y en sus ojos, arrebatados por momentos, y en sus venas, hinchadas y á punto de romperse, y por último, en aquella cabeza, que llevaba impresa la huella del génio, se notaba un deseo que sólo la timidez le impedía manifestar.

—¿Estás tonto? le dijo entónces Gaspar. ¿Por qué no hablas claramente cuando mi padre te lo dice?

—Habla, le dijo otro: pide dinero...

—No; mejor es que pidas buenos vestidos, Sebastian; tú eres alto, esbelto y bien formado, y te sentarán bien.

—Me parece, señores, que adivino lo que quiere, dijo Villavicencio; me parece que sé lo que Sebastian prefiere; desea ser admitido en el número de los discípulos del Sr. Murillo...

En el semblante del jóven mulato brilló por un momento la alegría.

—Si es así, dílo, repuso Murillo con la mayor bondad.

—Y pide un sitio donde tengas buena luz, dijo Gonzalez, cuyo caballete estaba mal situado, porque era el discípulo más moderno.

—¿Es esto lo que quieres? preguntó Murillo.

El infeliz Sebastian, constantemente estrechado, hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Cómo que no! repuso Murillo algo sorprendido.

—Sebastian, le dijo Gaspar, hoy es uno de los días buenos de mi padre; puedes pedir lo que quieras: pide la libertad.

Lanzando un grito en que la alegría y la ansiedad estaban mezcladas de un modo extraño y sorprendente, se arrojó en aquel instante Sebastian á los pies de Murillo.

—¡La libertad para mi padre! ¡Para mi padre!...

No pudo continuar, porque las lágrimas sofocaban sus palabras.

—¿Y no deseas tu propia libertad? le preguntó Murillo.

Sebastian bajó la cabeza, dando un suspiro.

—Ante todo, señor, dijo, la libertad para mi padre.

—Sí, hijo mio, para él y para tí, contestó Murillo, quien, no pudiendo ya contenerse, se acercó á Sebastian, lo levantó y lo apretó estrechamente contra su corazón.

Durante esta tiernísima escena se oían grandes sollozos en un extremo del salón, y todos miraron hácia allí: era el viejo que estaba llorando á lágrima viva.

—Ya eres libre, Gomez, le dijo Murillo dándole la mano.

—¡Libre, para serviros toda mi vida, señor! contestó Gomez arrodillándose delante de él.

—¡Ah, mi amo, mi buen amo! Esto fué cuanto le permitió decir á Sebastian la profunda emoción que sentía.

—Sebastian, le dijo Murillo volviéndose hácia él: tus pinceles han mostrado que tienes génio; tu súplica que tienes corazón, y este conjunto forma el artista. Desde hoy te admito en el número de mis discípulos.

—¡Discípulo vuestro! De ningún modo; esto es ya demasiado, contestó Sebastian. ¡Yo, hijo de un negro, mulato, esclavo; discípulo vuestro!

—Delante de Dios no hay negros, mulatos,

ni esclavos, replicó Murillo con piadoso fervor. Todos son hombres, y como tales, iguales á sus ojos. ¿Por qué han de ser de otro modo á los míos?

—Pero, ¿y estos señores? dijo Sebastian, mirando con timidez á los discípulos.

—Nosotros estaremos contentísimos con que seas nuestro compañero, fué la respuesta unánime de los discípulos.

—Y yo también te miraré como un hermano, añadió Gaspar, estrechando la mano de Sebastian.

—Bien, bien, hijo mio, le dijo Murillo.

Y dirigiéndose al mulato, prosiguió:

—Sebastian, mi hijo te ha llamado hermano, y yo debo ser tu padre. ¡Feliz de mí! He hecho más que pinturas; he hecho un pintor; porque tu nombre pasará á la posteridad acompañado con el mío, y tu fama será la corona de mi fama. Por satisfecho me daré si en las edades venideras, cuando los hombres hablen de tí, te llaman el *Mulato de Murillo*.

Y así fué, porque Sebastian Gomez se dió á conocer más por este sobrenombre que por su nombre verdadero. Admitido como discípulo por su maestro, llegó á ser uno de los mejores pintores de que puede vanagloriarse la España.

Muchas casas particulares de Sevilla poseen cuadros de Sebastian Gomez; pero sus obras más escogidas están en las iglesias de esta ciudad, porque casi nunca pintó más que objetos piadosos. El género en que sobresalía, que más le agradaba y con el que al mismo tiempo alimentaba su piedad, era el rostro de la Virgen María, en las diferentes edades de su santa vida. La catedral de Sevilla posee, además de otros, un cuadro de la Virgen con el divino Niño, y otro con un San José, que bastan por sí solos para la gloria de un hombre por todos los siglos venideros.

Gomez sobrevivió pocos años á Murillo, pues se cree que murió en 1689 ó en 1690.



RECUERDO

Á LA NIÑA CONCHITA NOVI

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE SU PREMATURO FALLECIMIENTO

Cruzan el éter con sonantes alas
Canoras y pintadas avecillas;
Liba la abeja las melifluas galas
Que el prado ostenta rojas y amarillas;
Deslumbran las beldades en las salas,
Unas con altivez, otras sencillas,
Mas todo pasa con dolor profundo
De esta tierra falaz á un veraz mundo.

Morir debemos ¡ay! que Dios lo quiso,
Desde que Adán y Eva quebrantaron
La ley impuesta allá en el Paraíso.
Mas ¡qué pena, Conchita, me legaron
Tu rostro angelical, puro y preciso,
Y las gracias que en vida te adornaron!...
Tú lo sabes, Conchita, el alma mía
Su amor sincero con dolor te envía.

V. D. B.



Á LA NIÑA

CONCEPCION NOVI Y CASTELLOTE

EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE SU MUERTE

ocurrida el 15 de Noviembre de 1878

Cabe la divina Alteza,
Que reasume eternamente
Poderío Omnipotente,
Bondad, saber y belleza;
Tú, querub adolescente,
De las nubes al través,
Junto á tu losa mortuoria
Llorando á tus padres ves
Su desventura, que es
Tan grande como tu gloria.

VÍCTOR NAVARRO

DOÑA MANUELA PEREDA DE NOVI

Condenados desde el Paraíso á vida limitada, á una muerte cierta, más ó ménos prematura, la señora doña Manuela Pereda, que representa el grabado de este número, ha pagado su tributo el día 7 del corriente mes, á las nueve de la mañana, á los sesenta años de edad.

Al morir, deja un vacío inmenso, no solo en el corazón doliente de sus hijos, sino en el círculo de cuantos tuvieron la fortuna de tratarla, porque desde sus primeros años fué siempre modelo de virtudes y de prudencia.

Nació en Madrid, hija del celebrado doctor catedrático de la facultad de Medicina D. José Pereda y de doña Paula Fernandez, de una familia distinguida de esta corte, á cuyo lado creció, siendo objeto de las mayores atenciones de parte de la sociedad más selecta por sus relevantes cualidades morales y su esmerada educacion.

A los catorce años celebró esponsales con el distinguido escultor y adornista catalán D. José Novi (de quien proceden las más preciadas maravillas del arte contemporáneo en Madrid y Barcelona, por las cuales obtuvo como recompensa altas distinciones, placas y honores), permaneciendo doce años en ese estado, siendo un verdadero dechado de laboriosidad y honradez.

Bien es verdad que la hija bien educada hace honor á sus mayores, es siempre buena esposa y mejor madre; y tal ha acontecido con la esclarecida señora que motiva este escrito.

La señora doña Manuela Pereda fué siempre mártir del deber; cuando todo la sonreía, en la aurora de su juventud, bajo la paternal tutela, secundando los deseos y las más triviales observaciones de sus padres; casada, ciñéndose á las exigencias más exageradas de su nuevo estado; viuda, y viuda á los veintiseis años, sujetándose hasta el sacrificio por encauzar la educacion de los hijos.

En los catorce años de matrimonio tuvo cinco: don José, que en la actualidad es director propietario de esta Revista ilustrada; D. Ramon, que es empleado del ramo de Hacienda; doña María de los Angeles, viuda del conocido librero de esta corte D. Teodoro Sanchiz; D. Eduardo, teniente de Infantería de Marina, y doña Manuela, que, como el anterior, permanece soltera.

¡Cuántos desengaños habrán herido el corazón de esta jóven madre antes de colocar á sus queridos hijos! ¡Cuánto celo habrá tenido que desplegar para dominar las inclinaciones peculiares á los pocos años, sola, sin otro auxilio y sin otro consejo que su voluntad de hierro y su virtud probada!

También es cierto que si la distinguida señora vivía solo para sus hijos, éstos, á su vez, vivían para su madre.

Anciana y todo, ocurría con afán solícito allí donde lo demandara cualquiera de las aflicciones de los hijos, á pesar de sus largos padecimientos, á pesar de sus crónicas dolencias; anciana y enferma, desafiando á los temporales, visitaba diariamente á sus amados hijos. El quebrantamiento de su salud, ni apagó jamás la llama del amor de madre, ni aquilató su entereza para las labores propias de su sexo.

Su palabra era modesta y solo la empleaba para inculcar las buenas prácticas; cristiana sin ser fanática, dócil y buena sin afectacion. Su natural instinto era, sin embargo, severo y sério: su trato agradable y ejemplar.

Practicando el bien, sin ostentacion, cruzó los años en el retiro de su hogar, que en él tenía todos sus encantos, todas sus aspiraciones, todos sus deseos, todos sus entrañables apetitos: sus hijos muy queridos.

Su muerte ha sido el reflejo purísimo de sus costumbres: tranquila y dulce como la muerte del justo: breve y pacífica como el que nada tiene que purgar.

VICENTE D. BORDANOVA





Lit. V^{ta} de Roilan.

DA MANUELA PEREDA DE NOVI.

**Quien no quiera sufrir, cruce los años
esquivando fatales desengaños.**

La naturalidad retrata la pureza del corazón: una persona modesta en su traje, lo es siempre en pretensiones, no sueña despierta, y por consecuencia, no se expone á crueles desengaños.

El que no aspira á imposibles, el que no solicita utopías, es por regla general complacido y vive tranquilo y satisfecho.

No hay penalidad mayor que cruzar un día y otro día desvaneciendo mal cimentadas ilusiones, porque padecen á un tiempo el espíritu y el cuerpo.

El hombre que al terminar sus tareas se entrega pacíficamente al descanso, no solo se desarrolla y deleita, sino que llega más tarde á procurarse ahorros: el que despues de esas tareas se agita en el revuelto torbellino de los vicios, camina derecho á su ruina y acaba sus días en la miseria.

El hombre morigerado disfruta salud: el turbulento cruza la vida enfermo.

La vida tranquila engendra buen humor, la vida inquieta exalta los caracteres.

Nada más grande y deleitable que la vida severa de nuestros antepasados: nada más triste que considerar las modernas costumbres.

Por eso eran fuertes las generaciones que nos han precedido; por eso ha degenerado y empobrecido la presente.

Pero no solo ha empobrecido la materia, sino que se ha bastardeado el espíritu.

Antes ennoblecieron las páginas de nuestra historia millares de esforzados héroes, hombres que brillaron por su civismo y su fé: hoy se hace escarnio, aunque se invoca, del sacrosanto nombre de la patria.

Antes morían por la fé cristiana mártires innumerables: hoy se blasfema cínicamente en los sitios más públicos y concurridos.

Antes se levantaba un altar á los recuerdos venerandos de la familia: hoy se prescinde fácilmente de ese nombre, y apenas se cuida nadie de tales afecciones por halagar al rico.

Antes brillaba el honor: hoy no brilla más que el oro.

¡Pobre sociedad!....

Tus extravíos matan en gérmen todo pensamiento fecundo; tu indolencia seca y esteriliza los veneros de la riqueza; tu falta de fé apaga la llama del amor que deben tributarse entre sí todos tus miembros; tus pasiones te precipitan á una inmediata segura muerte.

Y no se diga que al obrar mal se encuentra el hombre impelido por fuerzas incontrastables, no; que el hombre tiene facultad de pensar y de hacer con perfecta libertad: el hombre, hay que confesarlo, no obra inconscientemente, sino seducido, unas veces por la vanidad, otras por la envidia, otras por la ira, y las más de las veces por la moda; ese ídolo grosero que arrastra á los pusilánimes por la pendiente censurable del vicio.

El hombre ejecuta, estimulado casi siempre por la costumbre, como si no tuviera una razón clara para modificar sus impresiones en armonía con la conveniencia individual.

Por ser costumbre establecida por la caprichosa moda, hace el hombre gastos dispendiosos en excursiones veraniegas ociosas y en abonos á espectáculos que le apartan de obligaciones precisas. Por la moda, que no es en todos los casos ni bella ni útil, se multiplican los sacrificios que impone el lujo, recibiendo en *soirés* y desechando los muebles y las ropas que pueden prestar buen servicio á la familia. Por la moda, que jamás se asocia á la economía, salen de su órbita los que dejando en casa una mesa regularmente servida, cenan en fondas ó cafés, siquiera tengan que ruborizarse frente á los amigos para satisfacer su exigente capricho. Por las ilusiones que la moda engendra, se desvanecen las fortunas, y se pierden acaso la salud y la honra.

¡Cuán severa es la crítica para todos aquellos que, disfrutando modestos haberes, hacen público alarde de despilfarro!....

¡A cuántas reflexiones se presta la conducta de los otros que, sin ocupación alguna conocida, se lucen empaquetados para fascinar á la sociedad!

¡Qué remordimientos sufrirá el hombre cuando disipadas sus haciendas llegue á ser caduco y achacoso para el trabajo que ha de proporcionarle el sustento!

¡Qué dolores sentirá su alma si agotadas, en absoluto, las fuerzas, tiene que acabar sus días en un establecimiento benéfico!....

Si fuera posible analizar el origen de los criminales que pueblan los presidios, ¡cuántos cayeron bajo el yugo inexorable de la justicia impelidos por el vértigo de las pasiones, seducidos por el oro, arrastrados por la miseria, en que ellos mismos se precipitaron!

¡Qué trastornos surgen en el hogar por el lujo!

¡Qué desengaños tan acerbos experimentan los hombres que rebasan el límite de lo natural!

El hombre que quiere fascinar con apariencias, se engaña á sí propio, lastima sus intereses, se pone completamente en ridículo, es una figura carnavalesca, que por sería que sea la actitud que adopte, produce la hilaridad de los hombres que son realmente serios y sensatos. Su conducta no inspira otro género de sentimientos que el de la compasión.

¡Locos los hombres que se apartan de la verdad y de lo natural!

Sed, pues, veraces y prudentemente francos, y esquivareis las torturas de los desengaños.

UBALDO

LA MEJOR CAUSA

(Imitación de Smidt)

Contando un viejo cuentos á un niño,
ricos de fondo más que de aliño,
esto le oí;

y aunque han pasado años sin cuento,
siempre le guarda mi pensamiento
cual llegó á mí.

Decía el viejo, que en un sendero
largo, muy largo, un viajero
con hambre y sed,
descubrió cerca rico palacio;
sintió que hallaba su pena espacio
con tal merced.

Y á la ostentosa puerta acudiendo,
llamó en el nombre de Dios, pidiendo
albergue y pan;
uno, tras otro varios criados,
de allí quisieron echarle airados;
dobló él su afán.

Y salió entonces el propietario,
en el que nuevo, duro adversario
el pobre halló;
que en la contienda, parte tomando,
y á sus criados la razón dando,
así le habló:

—Necio; prosigue ya tu jornada,
no te imagines que esto es posada;
palacio es.

Miróle el pobre casi con pena,
y con voz clara, limpia y serena,
dijo despues:

—Este palacio que siglos cuenta,
tantos que el peso de ellos lamenta,
¿se hizo quizás,
para que sólo tu le vivieras,
y á tu sepulcro cuando murieras
fuera detrás?

¿No tuvo nunca más moradores?

—A mis ilustres antecesores
siempre albergó;

y un hijo sólo que me dió el cielo
ha de heredarle cuando del suelo
me aleje yo.

—Ya ves entonces cómo es posada
y donde encuentra chica morada
tu vanidad,
que vá de paso ciega y perdida
tras la morada que da otra vida
de más verdad.

Quédate sólo con tu riqueza,
justo es que guardes esa grandeza,
única en tí,
mientras yo duermo, sin penas graves
al aire libre, como las aves,

á quien pan di.

Que cuando arribe, siempre viajero,
al otro mundo más verdadero,
que tú no ves,
hallaré casa que en justa herencia
al bueno labra limpia conciencia,
y eterna es.

.....
¡El caminante siguió con calma
y al pie de un árbol, tranquila el alma,
reposito halló;
el despiadado juzgó su lecho
aquella noche duro y estrecho
y ¡ay! no durmió!

¡Que lo que ablanda la dura cama,
lo que á los ojos el sueño llama
y el bienestar,
es del trabajo la honrada esencia,
es el reposo de la conciencia,
y el bien obrar!

JOAQUINA BALMASEDA.

LECCIONES FAMILIARES,

POR

D. TEODORO GUERRERO

DEDICATORIA

A los padres de familia

El padre, el profesor, el mundo.

Hé aquí los tres maestros del género humano.

El padre siembra la semilla de la virtud en el alma del niño; el profesor riega el arbusto, derramando la savia por la inteligencia del adolescente; el mundo-sazona el fruto de la ciencia en la vida del hombre.

Esa trinidad del magisterio es cadena de eslabones indisolubles; cuando uno se rompe, no es posible perfeccionar la obra. Si la semilla no se siembra á tiempo y por mano inteligente, no llega á germinar; si el arbusto se tuerce, será difícil enderezarlo; si el árbol no se cuida, ó dará el fruto dañado ó no dará fruto.

Para saber corregir, es preciso saber enseñar; para saber enseñar, es preciso saber corregir.

El niño, al nacer, recibe un beso de su madre, es el sello del amor; aquel ósculo purísimo que confunde sus almas, sube al cielo, al cielo, en donde tiene la pureza un trono. Ese beso encierra un compromiso-santo; enseñar á su hijo á amar á Dios sobre todas las cosas; abrirle las puertas del alma para que recoja el ambiente de la virtud; cerrar esas puertas á todo aliento pestilencial; iniciar su débil razón en el secreto de los peligros que le aguardan; cuidar el tiernotallo en que brotan las rosas del candor; dar forma á su virgen corazón para que sepa combatir las pasiones y comprimir ella misma su propio sentimiento, para contrariar la voluntad de ese hijo, que mañana le pedirá cuenta de su debilidad.

Apenas el niño se sostiene sobre sus trémulos piés; apenas deja la cuna que vigilaban los ojos de la madre, el ángel de la Guarda se posa en los ojos del padre; la mirada de éste es la égida del hijo: él le marca el sitio en donde ha de colocar la planta, y le enseña, ó el niño lo aprende por instinto, que aquella mirada es el juez de su conducta; desde entonces, tiembla, sin saberlo acaso, por la nube que vela los ojos de su padre. Allí está el primer maestro, el vigilante que, lleno de amor y mirando á lo porvenir, sujeta con una mano los latidos de su corazón, que le arrastra á besar el pedazo de sus entrañas, mientras que con la otra le castiga, obedeciendo al deber que la naturaleza le impone de ser fuerte para fortalecer á su hijo. Su corazón calla; su cabeza manda.

Y cuando llega el día en que el padre arranca al niño del regazo materno para entregarle al maestro, éste encuentra allanado el camino; dócil aquel á su voz, se deja guiar, toma afición á los libros que le prestan la ciencia sin trabajo, se nutre con el estudio de conocimientos que han de asegurarle una posición y ponerle á cubierto de las contrariedades de la vida, se robustece su inteligencia con un tesoro de ideas, y cuando toca á las puertas del mundo, su pié ya no vacila; se presenta hermoso, con el brillo deslumbrador del talento, y el mundo abre los brazos con regocijo.

para recibir á aquel hombre que va á aumentar el número de los buenos, siendo útil á la sociedad que lo reclama.

Saber es tener: hé aquí un axioma indisputable.

El hogar paterno, el aula, el teatro del mundo: ahí están desarrolladas las grandes escenas de la vida: reír primero, llorar despues, gozar y sufrir al término de la jornada: la ignorancia del valor de las pasiones, aprender á conocerlas, combatir la furia de sus embates: esa es la historia del linaje humano.

El escenario del mundo es inmenso; sus entradas y salidas son difíciles. ¡Ay del que no ha grabado en su memoria y en su alma las máximas de su madre, los consejos de su padre, las lecciones de su maestro! Para él el mundo no tendrá más que precipicios, sendas fáciles que llevan al abismo, flores envenenadas que matan, cadenas de oro con que se revolcará en el fango de la deshonra, y de donde saldrá manchado con el estigma que separa para siempre al malo de los buenos, estableciendo la única desigualdad que nunca hermana á los hombres.

Dios perdona al penitente: el delito se purifica con el arrepentimiento; pero la sociedad es implacable y no perdona al criminal; es preciso tener muy presente que el que ha de vivir en el mundo se ve obligado á aceptarlo como es, y no como debiera ser. Esto será una injusticia, una desgracia, pero es una triste verdad. La historia de cada hombre está escrita en su frente y reflejada en la de sus contemporáneos. Aquella mancha es un sambenito que envolverá á la mujer que le dió su virtud á cambio de su nombre y á los hijos inocentes que engendró antes ó que engendre despues.

La educacion es la base de la familia: el padre que no lleva á su hijo á la escuela, le pone en el camino de su perdicion: sobre su frente caerá su deshonra. Amar á un niño no es prodigarle los besos de la ternura paternal: por lo mismo que se le ama, es preciso llevarle á la escuela, para que despues siga una carrera, un arte ó un oficio, fuentes del bien y escudos contra la miseria y la ociosidad, que arrastran á las cárceles y á los presidios.

Esto no es nuevo; lo han dicho muchos: está escrito en la conciencia universal.

El hombre, preparado por el padre y enseñado por el maestro, no tiene ya que temer los peligros del mundo: cuando penetra en él, su conciencia va tranquila, su alma está abierta á los nobles afectos, su corazon está abierto á la bondad, siempre generosa. La sociedad encuentra en él un brazo útil, la patria un buen ciudadano, el desvalido un protector, el hombre un hermano, la mujer un compañero, la familia un patriarca.

Dirigir al niño, educar al adolescente, formar al hombre, velar por los medios de conseguir tan bellos triunfos; hé aquí la idea que pone la pluma en mi mano.

Dedico este libro á los padres de familia, porque deseo que hablen con sus hijos como hablo con los míos. Suyas son mis *Lecciones*, porque los nombres nada significan; grabando en el pensamiento de los niños las máximas del bien, los padres tendremos confianza en el porvenir que nos desvela.

(Se continuará.)

AMISTAD

Amistad es un tesoro
raro, muy raro de hallar;
el que la quiera explotar
que no la explote con oro;
para no decir á coro
con muchos más: — ¡Me engañó,
que de mi mano escapó
cuando en ella más creí...!
¡dejé de ser lo que fui
y ella entonces me dejó...!

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA

CARTILLA DE LOS DEBERES

POR

DON MANUEL GONZALEZ ALVAREZ

(CONTINUACION)

Deberes del hombre en la familia

I

*Con mútuo amor los esposos
Deben hacerse dichosos.*

El matrimonio es el principio y fundamento de la sociedad. Con él se crea la familia, y las familias forman los pueblos.

Es de suma importancia conservar la virtud en el matrimonio, pues si éste se relajase en una época dada, toda la sociedad se relajaría en sus fundamentos.

El matrimonio fué instituido por Dios en el Paraíso, cuando la union de Adán y Eva. Jesucristo lo elevó á la dignidad de sacramento religioso.

Es necesario entre los esposos, union perfecta. Deben tener las voluntades tan unidas, que resulte una sola voluntad. Si en vez de estimarse se odian, la union se resiente.

II

*Cuida con afan prolijo
De la existencia de tu hijo.*

La procreacion es el primero y principal fin del matrimonio, instituido para la propagacion de la especie humana.

De aquí se deriva el deber que tienen los padres de cuidar con todo el posible esmero de la crianza de los hijos. El hombre, á diferencia de los demás animales, tiene larga infancia, durante la que es incapaz para atender á las necesidades de la vida, y perecería si ajenas manos no se encargasen de cuidar de su conservacion. La naturaleza ha acudido á esta necesidad de la vida humana, infundiendo en el corazon de los padres el amor de sus hijos, que es el más grande é intenso de los sentimientos.

Asistir al niño, alimentarle, vestirle, cuidar de su salud y su desarrollo, son deberes inherentes al deber de amarle; deberes que emanan de la naturaleza y por eso se llama *desnaturalizado* al que no los cumple. Mónstruos de inhumanidad y crueldad son sin duda los padres que por librarse de la carga de criar á sus hijos, los abandonan ó les dan muerte, crimen espantoso que apenas se concibe que pueda ser cometido, sin un trastorno completo en las afecciones del corazon humano.

III

*Perfeccione el corazon
del niño, la educacion.*

Los hábitos que se adquieren en la niñez, generalmente se conservan siempre, y vienen á ser, por decirlo así, como la pauta de la conducta en toda la vida. Por eso es tan importante educar bien á los niños, para que despues salgan hombres virtuosos y buenos.

Somos inclinados á la imitacion, sobre todo en la infancia. El niño aprende á pensar y querer segun el modo de querer y pensar de sus padres. Sus costumbres y hábitos se forman á imitacion de los hábitos y costumbres de éstos. Si le dan ejemplos de virtud, si les enseñan á amar lo bueno y aborrecer lo malo, su corazon se habituara á querer y aborrecer lo mismo. Conviene que el niño vea en sus padres un dechado de virtud, de orden y de bondad.

El bien ha de penetrar en el corazon del niño por la doctrina y por el ejemplo al mismo tiempo. Las ideas que entonces se le comunican, serán la base de su desarrollo intelectual. La experiencia atestigua que los que tienen la suerte de recibir buena educacion, por lo regular toda la vida son buenos, y que los que la reciben mala, es difícil sustraerlos de las costumbres perversas.

El hábito, como dice un gran filósofo, llega á formar una segunda naturaleza. Habitua, pues, á ser

buenos á vuestros hijos. Corregid lo que haya de perverso en sus inclinaciones, moderad los impulsos primeros de sus tiernos corazones, cultivad los primeros asomos de virtud que en ellos se adviertan. El ánimo de los niños es como cera susceptible de recibir las formas que se quieran imprimir en ella, como un arbolito que puede enderezarse cuando empieza á torcerse.

De la buena ó mala educacion que deis á vuestros hijos depende su dicha ó desdicha futura. El porvenir de la sociedad tambien depende en gran parte de la educacion de los niños, que serán los hombres que en no lejano día sucederán en sus puestos á los que hoy viven.

«¿Quereis que vuestros hijos amorosos
infelices se vean ó dichosos?
Pues en la educacion sin duda alguna
labrareis su desgracia ó su fortuna.»

IV

*El niño debe aprender
Lo que al hombre es menester.*

En el estado presente de la sociedad, todos deben poseer ciertos conocimientos indispensables, que son la base de la ilustracion. ¿Quién puede excusarse de saber leer, escribir y contar, y de adquirir la instruccion que se da en las escuelas? Los padres deben hacer que sus hijos reciban la instruccion necesaria y aprendan las cosas precisas para la vida social. Deben sobre todo enseñarles ó hacer que aprendan en las escuelas los rudimentos de la doctrina cristiana, indispensables para conocer los deberes del hombre y los preceptos de la ley natural. El padre tiene el deber y el derecho de dar al hijo una educacion religiosa, segun le indique la propia conciencia, sin admitir ajenas é injustificadas imposiciones. La educacion religiosa ha de ser la base de la educacion moral, porque no hay moral sin religion, porque las creencias son el primer cimiento de las costumbres.

De grandes elogios son dignos aquellos padres de familia que dan á sus hijos una carrera ó los hacen aprender un oficio. Pero en este punto hay que atender á las circunstancias de la familia.

V

*Obedece, que es sensato,
De tus padres el mandato.*

Amar, respetar y obedecer á los padres, es el primero de los deberes de los hijos. Sin el cumplimiento de tal deber no es posible la educacion. El hijo desobediente é irrespetuoso con los que le engendraron, da pruebas de tener corazon perverso, impide que la educacion produzca sus buenos frutos, impide que las morales enseñanzas, que los hábitos de virtud que se le quieren infundir, penetren en su ánimo y labren su perfeccionamiento.

Obedeced, niños, á vuestros padres, á quienes Dios adornó de grande autoridad respecto de vosotros, y que al enseñaros, reprenderos y corregiros, aunque os cause molestia, no se proponen otro objeto más que vuestra propia ventura y haceros hombres de bien, dignos de ocupar el lugar que en la sociedad os corresponde. *Dejarse educar*: hé ahí la suma de los deberes del niño respecto de los padres en cuanto á la educacion. El medio de dejarse educar es manifestarse obediente, recibir con ánimo sumiso y con deseos de aprovechamiento las enseñanzas, reprensiones y consejos de los padres.

Para el niño dócil y bueno no es difícil cumplir el deber de la obediencia. Solo se hace molesto el obedecer para los niños indóciles y malos, merecedores de rigurosos castigos. ¿Quereis llegar á ser hombres apreciados? El medio de conseguirlo es *dejarse educar*.

VI

*Asistirás á tu vez
A tu padre en la vejez.*

Muy grandes son los bienes que el hijo debe á sus padres. Le dieron la vida, la madre le llevó en su seno y le alimentó á sus pechos. El niño es constante objeto del acendrado cariño de los que le engendra-

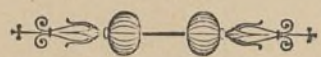
ron, que no cesan de procurar su mayor bien y perfeccionamiento. ¿Puede haber mayores beneficios?

La magnitud de beneficios tales, da la medida del profundo agradecimiento que el hijo debe sentir hacia sus padres.

Mas la gratitud no ha de ser estéril: hay que manifestarla con hechos.

La vida comienza con una debilidad y acaba con otra debilidad: la infancia y la vejez. Si los padres cuidan de los hijos durante un largo período de la infancia, la gratitud impone á estos la obligación de cuidar y asistir á sus padres en la senectud decrepita, en la persuasión de que todo el esmero que los hijos empleen, no igualará á la solicitud con que ellos los criaron.

Sed buenos hijos, si no quereis ser hombres perversos. Venerad á los padres, si quereis merecer la consideración de las gentes. Corresponde á sus beneficios, siendo báculo de su ancianidad cansada.



TEATROS

En esta quincena poco podria decirse de novedades teatrales.

Estamos en el mes de los difuntos, de las fúnebres coronas y de las lámparas mortuorias.

Estamos en el mes de *Don Juan Tenorio*.

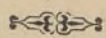
Casi puedo asegurar, sin miedo de equivocarme, que todos, todos los teatros de la Península, de Ultramar y de las repúblicas hispano-americanas han puesto en escena esa legendaria produccion del primer poeta de nuestro siglo: Zorrilla.

En Madrid, ya lo habreis visto; por doquiera que hayais tendido la vista habreis encontrado carteles-avances de todas formas, colores y dimensiones, en que con caracteres más ó menos legibles se leia: *Don Juan Tenorio*.

Es que el espíritu nacional de la pendencia, de la galantería y de las añejas tradiciones se refleja en esa obra imperecedera.

¿Quién no ha visto *Don Juan Tenorio*?

Por eso yo emprenderia un trabajo árduo al querer hacer su critica cuando plumas tan bien cortadas la han hecho.



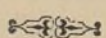
La *abadía del Rosario* es una bellísima zarzuela estrenada en Apolo el 6 del actual.

El argumento nada deja que desear, con decir que el libro es del eminente Zapata y el pensamiento la abolición de la esclavitud.

Simpático el asunto de por sí y adornado por una preciosa música del maestro Llanos, logra arrancar cosecha de aplausos en cada representación.

La Sra. Cortés y la Srta. Soler de Franco, acertadísimas é inspiradas en sus respectivos papeles.

Todas las noches, una numerosa entrada, por lo cual felicito á la empresa, así como al público que acude á saborear las delicias de tan bello espectáculo.

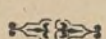


Siguen en el Español las representaciones de *El castigo sin venganza*, que tantos aplausos obtiene.

Un lleno completo todas las noches.

Calvo y la Mendoza Tenorio como siempre, siendo los reyes del arte dramático.

Inútil es que me proponga decir más, cuando toda la culta sociedad madrileña acude al coliseo de la Plaza de Santa Ana á oír los preciosos pensamientos de *El castigo sin venganza*.



En el teatro Martin se estrenó un sentido y bien escrito drama del Sr. Jakson y Veyan, titulado *Una limosna por Dios*.

Tiene situaciones dramáticas tan interesantes que mas de una vez asoman las lágrimas á los ojos de los espectadores.

Sus versos son bellos y sonoros; su interpretación esmerada por parte del Sr. Martinez.

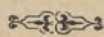
Además, siguen poniéndose en escena, *Picio, Adán y Compañía* y *La venta del Puerto*, en que tanto se distingue el Sr. Mesejo.



Variedades sigue todavía con *La Cancion de la Lola*.

Los estrenos desgraciados.

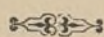
Y nada mas.



Lara quiso solemnizar el aniversario del inolvidable Breton de los Herreros con su popular comedia *A Madrid me vuelvo*.

Excusado es decir que su interpretación no pudo ser más esmerada por todas las principales partes de la compañía.

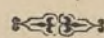
Signe gustando mucho en este favorecido teatro *Cuestion de táctica*, que entretiene agradablemente al público.



Los sobrinos del *Capitan Grant* está, por decirlo así, de moda en las Folies Arderius.

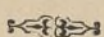
La grandiosidad del espectáculo atrae numerosa concurrencia, que se divierte en extremo con *Arderius*, *Eseriu* y *Orejon*.

Este coliseo, tan afortunado como siempre.



Eslava se ve también bastante favorecido del público, merced á Zamacois.

La Salsa de Aniceta, *Aquí Leon* y *La Confitera* son las obras mas preferentemente aplaudidas en dicho Salon.

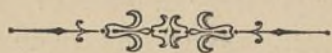


Capellanes dando á sus espectáculos infinita variedad, procura atraer un público numeroso y distinguido.

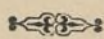
Verso, baile, zarzuela, etc., etc., constituye todo su escogido repertorio, que cada día gusta más.

La empresa puede estar satisfecha.

ADELINA MARK.



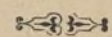
Enviamos la expresion de nuestro agradecimiento á todos aquellos compañeros que en tan sentidos términos han dado cuenta en sus respectivos periódicos del fallecimiento de la Señora Doña Manuela Pereda, madre cariñosa del señor director de esta Revista, advirtiéndole, para no quedar en descubierto, que en la imposibilidad de dar respuesta individual á cuantas personas nos han manifestado sus sentimientos de afecto en este instante critico, las enviamos por este conducto, y muy de veras, el testimonio sincero de nuestra gratitud.



La France Illustrée, journal littéraire, scientifique et religieux, paraissant le Samedi de chaque semaine. —Redaction et administration: 40, Rue la Fontaine, Paris-Auteuil. — Directeur: M. L'abbé Roussel.

Parmi les journaux illustrés, sérieux et honnetes, il faut donner une mention toute spéciale á celui dont M. l'abbé Roussel est le fondateur. *La France Illustrée* a le double mérite d'offrir une distraction utile, agréable et variée, tout en étant créée dans un but de charité. On sait le dévouement de l'abbé Roussel pour l'œuvre qu'il poursuit á Auteuil avec un rare courage; il consacre au service de cette œuvre, qui demande d'autant plus de ressources qu'elle s'agrandit chaque jour, toute son énergie et toute son intelligence. Le journal est une des ressources mises au service de sa laborieuse entreprise. Mais du moment où M. l'abbé Roussel fondait un journal, il devait y apporter le soint qu'il met á toutes choses; aussi la *France Illustrée* devait elle se faire vite une place distinguée au milieu des feuilles périodiques qui l'avaient précédée. Elle se fit aussitôt remarquer par l'intérêt de sa rédaction et le choix de ses gravures. On y trouve, en effet, une chronique de la semaine, des articles sur les événements qui préoccupent l'opinion publique, des romans que tout le monde peut lire. La rédaction appartient á des hommes d'un talent reconnu, Paul Féval, Albéric Second, Eug. de Margerie, etc. La typographie est soignée; le journal sort des ateliers de M. l'abbé Roussel, et ces orphelins, qu'il désigne sous le nom d'apprentis, tiennent en honneur de prouver que, par reconnaissance pour leur bienfaiteur, ils deviennent vite d'habiles ouvriers.

La France Illustrée est un journal qu'on devrait trouver dans tous les salons, dans tous les cercles d'ouvriers, dans tous les parloirs d'institutions catholiques. Son propre mérite, joint á la cause charitable pour laquelle il a été fondé, lui donneront nous l'espérons, una rapide prospérité.

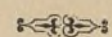


Ejemplos recientes nos demuestran la cautela y prevision con que hemos de preservarnos de los animales domésticos.

El gato que se abriga en las faldas de un niño y hasta se acuesta en su propio lecho, puede ocasionar á la especie humana humores que, si se combaten con energía para hacerlos desaparecer de pronto, interesan uno de los órganos más vitales y ponen en inminente peligro la vida.

La costumbre de dejar jugar á los hijos con los gatos ó los perros es siempre causa de disgustos, porque si por regla general se encuentran subordinados y dóciles, el uno araña y el otro muerde cuando á sus instintos cuadra.


Por el arañazo de un gato he visto morir gangrenado un pobre niño; por la mordedura de un perro, he visto acabar sus días de una manera desgarradora á un infeliz hidrófobo, y como los instintos de los animales no se manifiestan ni se sienten hasta que hay que lamentar el mal, lo más prudente es preservarse de ellos, no maltratándolos en el momento de cometer una falta que ejecutan inconscientemente, ni acariiciándolos de continuo, cuando en rigor no reportan un bien.



SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

VALLECAS

La han acertado las niñas Jesusa Granda y Conchita Angulo, doña Eduvigis Parreño, doña Andrea Bajo y D. Eulogio Diaz Delgado.



D.^a Manuela Pereda de Novi

ha fallecido el día 7 del corriente
Noviembre, á las nueve de la mañana

R. I. P.

Sus hijos. los Sres. D. José, D. Ramon,
Doña Maria de los Angeles, D. Eduardo
y Doña Manuela, y sus hijas políticas
Doña Teresa Castellote y Doña Elvira
Gonzalez,

Ruegan á los demás parientes y
amigos se sirvan encomendarla á
Dios, con lo que recibirán especial
favor.

ADVERTENCIA

Al presente número acompaña como regalo la cubierta y primer pliego de la comedia escrita esprofeso por el Sr. Medina para el teatro mecánico que con tanta aceptación venimos publicando.

R. Velasco, impresor, Rubio, 20.